

tampoco á la Compañía haber hecho lo mismo, ¿Quién inculpará, por ejemplo, á la gran Orden dominicana porque algunos de sus individuos impugnaron, con otros teólogos, la Inmaculada Concepcion de María? Lo han hecho cuando hacerlo podian, por lo cual mayor fué su mérito cuando despues se sometieron, no bien vino la definicion pontificia. Lo propio se debe decir de ciertas opiniones defendidas un tiempo por la Compañía y por otros teólogos. Se podría presentar alguna queja si sólo ellos las hubieran enseñado, mayormente si las hubieran defendido despues de su condenacion: todavia no se ha demostrado esto, y no se demostrará nunca, porque no ha sucedido.

Si en medio de una multitud tal de escritores excedióse alguno, fué obligado súbitamente á retractarse, y fué combatido por sus propios hermanos. Así, por ejemplo, Gresero y Richeone refutaron á Mariana; Tournemine escribió contra Arduino; Berthier contra Berruyer. Si no se corregian, ó habia sido el error demasiado grave, la Compañía los separaba de su cuerpo, lo cual hizo con los PP. Lapillonière, La Mothe, Maimbourg y otros, valiéndose del eficaz remedio de podar las ramas para no perder el árbol. ¿Quién no ha oido en sus dias, de los lábios de los enemigos de la Compañía, la historia del célebre P. Lavallette? Pues bien, fué procurador de una mision, y por impericia engolfóse en asuntos mundanos más de lo que á un religioso convenia; pero, apenas se apercibieron los superiores, le quitaron toda administracion, y le hicieron salir de la Orden. La Compañía, obrando así, creyó siempre haber hecho cuanto podia, y debia segun todo rigor de conciencia; porque, una religion y un cuerpo moral cualquiera sólo deja de seguir sano y floreciente cuando en él nace cualquier desorden que no halla pronto y eficaz remedio. Por toda clase de razones, el que se opone á que la virtud de muchos cubra los defectos de pocos, no puede pretender que los defectos de pocos borren las virtudes de muchos.

La otra pregunta es: ¿Qué necesidad hay

de los jesuitas? ¿No ha durado la Iglesia quince siglos sin ellos?—Para contestar á esta pregunta basta hacer la aplicacion á casos semejantes. Francia, Austria y Rusia, ¿no han durado muchos siglos sin sus actuales Emperadores? ¿España é Inglaterra sin sus Reinas actuales? Ciertamente sí. ¡Oh! ¿Por qué, pues, no se ha de poder marchar sin ellos? Además, tales países, ¿no fueron gobernados siempre sin los actuales ministros de Estado? Seguramente. «Y algunas naciones, dirán tambien los malignos, estaban mejor.» En ellas hay ahora muchos señores que poseen títulos, derechos, bienes y rentas. Pero ¿qué? ¿No irian adelante del mismo modo aunque no existiesen? Manos, pues, á la obra, y destruid todo lo que os disguste: acordaos sólo de que fundareis un derecho que á su vez podrá ejercerse por aquellos á quienes no agraden vuestras personas.

Para responder más directamente á vuestra dificultad, diré que la Iglesia santa no necesita los jesuitas, los capuchinos, los franciscanos y los dominicos más que los agustinianos y los escolapios para que le presten su concurso; pero sí que se pueda valer de ellos segun le parezca por su sabiduría; y á medida que Dios le mande los unos ó los otros. Es necesario que Dios, Señor Supremo, pueda enviar para que ayude á su Iglesia á quien quiera, ora sea su siervo Domingo, ora el serafin Francisco, ora José Calasanz, ora Ignacio de Loyola, ora cualquier otro.

No es necesario que existais en el mundo; mas toda vez que os ha puesto Dios en él, lo es que nadie os quite la vida por su autoridad privada. No es necesario que tengais títulos y riquezas; mas toda vez que os los ha dado Dios, lo es que nadie las usurpe. Así, en nuestro caso, no eran necesarios los jesuitas; mas toda vez que Dios ha querido, como dice la Iglesia, *confortarla con un nuevo socorro mediante San Ignacio*, es necesario que nadie los quite á la Iglesia por su autoridad privada.

Finalmente, es necesario, y necesario de todo punto, que nadie se atribuya en el mundo el dere-

cho de exterminar á todos los que no piensen como él; que nadie se crea exclusivamente con el privilegio de ser hombre: es necesario que se conserve á cada uno, mientras no perturbe á la sociedad y á la Iglesia, el derecho de vivir, de pensar y de vestir á su modo, aunque se ponga la sotana de jesuita, sin ser por eso proscrito ó crucificado. Hé aquí lo indispensable, y se necesitaba el siglo de libertad para desconocerlo.

*Si los jesuitas se contentasen con predicar y confesar, en hora buena; pero nunca concluyen sus intrigas.*—Cuatro de ellos en una poblacion meten más ruido que una comunidad entera.—Respondamos, pues: ¿Tanto intrigan? ¿Basta una afirmacion vaga, incierta, general, para quitar al prójimo su reputacion? Si esto basta contra los jesuitas, no veo cómo en la sociedad civil podrá salvarse ninguno. De cualquiera que no queramos bien, bastará sostener que dice, que hace, que trama, que maquina, con lo cual se hará pasar por reos á todos los inocentes. ¿Por qué no dicen mejor cuáles han sido y son sus tramas y perfidias? Mientras no lo digan en particular, es tan imposible desvanecer las calumnias como conocerlas. *En los confesonarios,* replican algunos, *es en donde intrigan impunemente.* ¿De veras? Mas ¿cómo sabeis, punto por punto, lo que pasa en los confesonarios? ¿Cómo lo sabeis con la precision y certeza que ponen de realce vuestras declamaciones? Además, ¿cómo es que, sabiéndolo vosotros, que no estais seguros de los que se les acercan, lo ignoran los mismos que se confiesan con aquéllos, porque ninguno es tan sándio que con todo conocimiento hacerse quiera cimbel de otros? Más. ¿Cómo es que, sabiéndolo vosotros tan claramente, lo ignoran los Obispos y el Sumo Pontífice, que les confieren el poder de administrar aquel Sacramento? ¿Serian tambien cómplices de sus intrigas? ¿Serian tambien jesuitas, *jesuitones* y afiliados? ¡Buen Dios! ¡A qué cosas tenemos que responder! Por lo demás, para edificacion de los aludidos, diré lo que acaso ignoran; á saber: que los jesuitas en los confesonarios

intrigan y quieren ser informados de muchas cosas. Si son padres los que se acercan, procuran saber la marcha de toda la familia; cómo la gobiernan, proveen sus necesidades y la edifican: si son amos, qué hacen hasta con sus servidores y dependientes; si son madres, lo que permiten á sus hijas y camareras; si son personas de dignidad, hasta qué punto se interesan por el bien público; si son criados, lo que hacen, lo que gastan, y llevando más allá la curiosidad, lo que quitan; si son artesanos, cuándo y cómo trabajan, á dónde van y á dónde no concurren. De todos, en fin, quieren saber los pensamientos, las palabras y las obras hechas ó no hechas, su número y su especie, con toda la exactitud que humanamente sea posible; y, lo que pasa de toda medida, lo quieren saber sólo cuando existe mayor interés en ocultarlo, ó sea cuando se ha salido del buen sendero. ¿No os parecen tales intrigas verdaderas? Acusadlos, pues, de esto impunemente; mas al propio tiempo acusad á todo el clero secular y regular, que hace lo mismo; á la Iglesia, que hasta hoy enseña que así debe obrarse; y, por último, al divino Maestro, que estableció este orden de cosas en el sacramento de la Penitencia.

*¡Los jesuitas se mueven tanto! ¡Tienen tantas riquezas...!*—Si se mueven tanto para hacer mal, acusadlos y conducidlos á los tribunales, porque razon tendreis para ello; mas, si se emplean aunque sea con celo, en hacer sólo bien, su actividad debiera ser el mayor motivo, tanto de su mérito como de sus alabanzas, si no es peligroso ya en los presentes tiempos de fé y de moralidad que se haga demasiado y se llegue á un celo excesivo. El que ha leído un poco la vida de los Santos, sabe que lo que causa en ellos maravilla es precisamente ver cómo un hombre sólo en ocasiones acometia una variedad desmesurada de empresas para la gloria divina. ¿Habrá llegado á ser un pecado estorzar para imitarlos? A uno que presentaba un dia esta dificultad, un sábio caballero, trasportando la cuestion particular de los jesuitas á la general de los

religiosos, hacía notar los grandes beneficios que reportan generalmente á las ciudades y al pueblo. «Ciertamente, sí, replicó aquel bruscamente; nosotros tenemos tales y tales comunidades religiosas en la ciudad; pero ¿qué signo de vida dan, ó qué hacen?—Aquí precisamente os queria, contestó el caballero; si se mueven para hacer algo, los llamais *ambiciosos é intrigantes*; si están quietos, *desocupados y ociosos*; poneos, por favor, de acuerdo con vos mismo sobre lo que de ellos querais, manifestando despues vuestra soberana voluntad.» Magníficamente para nuestro propósito. Por lo demás, si los jesuitas trabajan con algun celo, no hay que maravillarse, y mucho ménos que concebir sospechas. Así como vive retirado el cartujo, porque por su institucion ha de atender principalmente á la oracion, el religioso de la Compañía trabaja solícitamente cerca del prójimo, porque por su instituto ha de procurar la salvacion de las almas; así como sería infiel á su vocacion el cartujo que fuese de una parte á otra para ejercer algunos ministerios, sería infiel á Dios el jesuita que no los ejerciese. Con esto queda explicada la razon de su actividad.

En cuanto á las riquezas, ¿qué quereis que responda? Paréceme la más nueva acusacion que haya oido en mis dias; porque, aunque fuera verdad que poseyesen oro á sacos, ¿qué pretenderais inferir? Si podeis probar que han robado, está bien que los sometais á un proceso y los condeneis en vuestros tribunales; mas si no lo han conseguido ilegalmente, ¿qué pecado es tenerlo? Si el puro hecho de tener oro es un delito, podríais comenzar formando causa contra los Rostchild, los Hambro, los Mirés y los Stephenson, y muchos otros que tienen algo más que los jesuitas. ¿Qué extrañezas se dicen!

Por lo demás, ¿existen realmente los tesoros de los jesuitas? He observado que se habla de ellos poco más ó ménos como del ave fénix. Todos afirman que existen y que son infinitos; mas cuando se trata luégo de decir dónde están, desaparecen, y nadie sabe nada. Cuando la Compañía de Jesus fué

suprimida, fueron buscados largá y solícitamente; pero no se pudo nunca descubrir el secreto. En todas las expulsiones declaradas contra ellos, y en todas las confiscaciones de sus bienes, colegios y casas dispuestas en estos últimos años, no parecieron jamás, ni trazas. Se hubiera desenterrado á Lucifer con las indagaciones que se han hecho, mas los tesoros deseados siguieron escondidos siempre; y lo que peor es, no los encontraron siquiera los mismos jesuitas. Prescindiendo, por tanto, de dichos tesoros (á lo ménos hasta que se hallen), y hablando de los que se conocen, ¿cuántos son? En el 48 el gobierno sardo robó todo lo que los jesuitas poseian en los Estados de Cerdeña; los robó recientemente en los Estados de Módena el excelso Sr. Farini, y en los Estados Pontificios el Sr. Pepoli: se conoce, pues, lo que son. Ahora bien. Sea cual sea la suma que montan, no temo decir que, si no se han doblado á lo ménos, no son bastantes para satisfacer á los que han sustituido á los jesuitas; á lo ménos se necesita el doble para conservar el mismo número de colegios, retribuir el mismo número de maestros, y tener abiertas el mismo número de iglesias: desafío á que niegue mi proposicion el que crea poderlo hacer, con tal que, contradiciéndome, presente cifras, y no palabras.

La última consecuencia de lo dicho es que los bienes de los jesuitas son mucho más del público y de las ciudades que suyos, porque las ciudades son las que por medio de aquellas fundaciones piadosas encuéntranse provistas de colegios que no han de costear los particulares, quienes hallan las escuelas gratuitas: el público es quien recibe auxilio del culto y de todos los bienes eclesiásticos. Hé aquí en quiénes recaen aquellos tesoros desmesurados.

VI. Por último, si la Compañía de Jesus sólo es lo que decís, ¿cómo es tan impopular y tan perseguida? ¿Es verdaderamente graciosa esta pregunta! ¿Se hace todo lo posible para que llegue á ser impopular, y luégo se pregunta por qué lo es! ¡Escribense libros y libritos, periódicos y folletos

de toda especie, difundiéndose gratis entre el pueblo; se atacan, en fin, los empleos, las relaciones y la vida de los que se acercan á ellos, y despues se pregunta por qué son impopulares! ¿No parece la mordaz ironía de aquel asesino que, despues de haber degollado á un pasajero, decíale compadeciéndose: «¡Oh! ¿Quién te ha hecho tanto mal?»

Por lo demás, la Compañía de Jesus no es por sí absolutamente nada impopular, Léjos de ser impopular, en los países católicos goza de la estimacion y del favor del pueblo. Realmente sus colegios son frecuentados, y sus iglesias están siempre llenas; si predicán ó dan misiones, acuden los pueblos; si se sientan en los tribunales de la penitencia, no pueden confesar á todos. ¡Oh! ¡Si fuesen tan impopulares como se complacen algunos en sostener, no serian asaltados con tanta furia, sino que dejaríaseles venir á ménos y caer bajo el peso de su impopularidad!

Las razones de las muchas persecuciones que sufren son várias: perdonadme, lectores, si la precision de una justa defensa me hace tocar ciertos puntos de que hubiera querido mejor mil veces prescindir. No se ódia á los jesuitas porque son enemigos de la libertad verdadera, pues sólo aborrecen la que aborrece la Iglesia; no se ódian porque favorezcan unas formas de gobierno más que otras, pues viven bajo todas, y las admiten en cuanto lo hace la Iglesia; no se ódian porque dispongan estrechas alianzas con gobiernos especiales, pues no constituyen un poder que hace leyes, sino una Orden que á todas las autoridades respeta, como lo hace precisamente la Iglesia. ¿Por qué se ódian, pues? Los ódian algunos porque, amantes del desenfreno y ansiosos de libertad, consideran censores importunos á los que con la predicación, con su ministerio, y en cuanto pueden con su ejemplo, protestan contra su conducta. Los ódian otros, porque, queriendo para sí el monopolio de la bondad, de la ciencia, del celo, no sufren tener émulos y competidores. No faltan cabezas enanas que los ódian, porque no pueden sufrir que nadie difiera de su opinion en las materias

teológicas sobre las cuales áun la Iglesia santa concede absoluta libertad. Quiero conceder áun que algunos no aborrezcan la Compañía más que por haber oído hablar de ella muy mal; sobre todo y principalmente se la ódia por odiarse á la Iglesia santa. No porque ambas cosas se confundan (quíteme Dios hasta la sombra de tal pensamiento), sino porque profesando la Compañía una obediencia y sumision muy especial á la Iglesia, quien á ésta ódia, dejar no puede de aborrecer al que apasionadamente la ama; y porque bajo la apariencia de la una, herir se puede á la otra impunemente. Declarar abiertamente contra la Iglesia, impugnarla, y contradecirla en los países católicos, no se podria de seguro hacer sin reproches, y sin atraerse un horror universal, mientras que combatir sólo una Orden religiosa, mayormente si se hace con alguna hipocresía, indicando casi que se busca el honor de la Iglesia, la cosa pasa, y pocos se aperciben del engaño: así, bajo el nombre de *jesuitismo* se puede atacar todo lo que más vital es para la Iglesia. Entónces se declama contra la verdadera piedad, la frecuencia de los Sacramentos, las oraciones, el culto externo, la penitencia, las meditaciones, y así sucesivamente: el mundo, que es bastante necio, oye gustoso cuanto se dice. Llegan á ser exageraciones *jesuíticas* la sumision á los príncipes y la dependencia de los Obispos y de los sacerdotes. El celo ferviente que procura todo bien espiritual, es inferir toda clase de daños á las almas, agitarse, moverse y conspirar *jesuítico*: en una palabra, toda la actividad divina de la Iglesia, y todas sus determinaciones, pueden bajo aquel nombre herirse y aniquilarse por quien lo quiera: se obra como los herejes, los impíos y los irreligiosos, sin tener la apariencia de tales. Léjos de ello, con alguna perspicacia logran el renombre de apologistas de la religion.

¿Quereis la prueba? La teneis casi en todos los libros que impugnan á los jesuitas, donde se ve claramente que las prácticas que se critican en ellos no son sino las de la Iglesia católica. Baste aducir á Gioberti para que tal verdad resulte indudable: en

cinco grandes tomos no ha hecho más que combatir toda la religion católica, bajo el nombre de *jesuitismo*. Otra prueba indirecta, pero efficacísima, la teneis en que cuantos ódian á la Compañía, constantemente ódian á la religion. Halladme, si podeis, un escritor ó un gobierno enemigo de aquélla que no haya roto tambien sus lanzas contra ésta. Pomal maltrató de mil modos á los jesuitas en el noble reino lusitano; mas hizo poco ménos que cismática á la Iglesia del mismo. Fallecido, aquel gobierno hizo paces con la Iglesia, y hasta reivindicó á los jesuitas; pero habiendo disputado poco despues nuevamente con Roma, tornó á expulsar á los Padres de la Compañía. En España se han mudado de setenta años acá los gobiernos con más frecuencia que las hojas los árboles; y es constante que todos los gabinetes que rompieron con el Papa, comenzaron rompiendo con los jesuitas, como tambien que todos los que cesaron de luchar con Roma, no persiguieron más á la Compañía. En Francia la expulsion de los jesuitas abrió en el siglo pasado la guerra: la abolicion del Catolicismo y el templo de la diosa Razon puso término á la misma. El el Piamonte actual (quien no lo advierta por sí no lo verá diciéndoselo yo) la expulsion de los jesuitas fué el primer paso, y los siguientes son una larga série de insultos á la Iglesia. Se ignora cuál será el último. En las repúblicas de América se suceden de continuo los gobiernos, ora católicos, ora volterianos, que persiguen á la Iglesia ó se reconcilian con ella; mas la señal infalible y constante es siempre la guerra contra los jesuitas, ó la paz que á los mismos se otorga. De los escritores particulares ó estadistas, los que han defendido en estos años con la pluma ó con las obras á la Iglesia santa, mostráronse siempre muy amigos de los jesuitas. Son testimonio en España Donoso Cortés y Balmes; en Francia, De Maistre, Bonald, Montalembert, Falloux, Veuillot y Nicolás; en Inglaterra, Newman y Manning; Goerres, Hurter, Philipps, en Alemania; Audisio, De la Margarita, De la Motta y Margotti, en Italia. Por el contrario, en Francia los volterianos de *Le Siècle*,

de los *Débats*, de *La Revue des deux Mondes*, así como en Italia los degradados *escritorzuelos* de los periódicos detestables que nacen hoy y mueren mañana, con la misma mano sacrilega con que maltratan diariamente á la Iglesia, insultan á los jesuitas. Hasta los que, católicos en un tiempo, pasaron despues á escribir contra la Iglesia, cambiaron sus sentimientos sobre los referidos. Lamennais, cuando era un apologista de la religion, hacía elogios estuendos de los jesuitas; cuando se convirtió en furioso enemigo de la Iglesia, escribió tambien contra ellos. ¿Qué más? El mismo Gioberti, miéntras se mantuvo reverente á la Iglesia, prodigó alabanzas á la Compañía: cuando rompió desvergozadamente con la primera, todos saben lo que de la segunda escribió. Baste lo dicho sobre este asunto, sin entrar en hechos particulares; porque si no basta para desengaño ver que los enemigos de los jesuitas son constantemente los herejes, los jansenistas, los revolucionarios y los regalistas; que las acusaciones dirigidas contra ellos son frívolas, insubsistentes, y sobre todo contradictorias; que sus amigos y protectores son todos los Santos que florecieron desde su fundacion en la Iglesia, todos los Pontífices que se sentaron sobre la Cátedra de Pedro (fuera de uno que, por las extrañas circunstancias de los tiempos, y á su pesar, hubo de suprimirlos); todo el episcopado, y los más sinceros apologistas de la religion; sí, repito, no basta todo esto, es inútil cualquier otro discurso: para los ciegos que voluntariamente cierran los ojos, de nada sirven aun los rayos del sol.